

De regreso al hospital

*Los ojos de Jehová están sobre los justos,
y atentos sus oídos al clamor de ellos.*

Salmo 34:15

En el mes de julio tuvieron que llevarme urgente al hospital ya que estaba inconsciente. Fui trasladada al centro más cercano para que me dieran los primeros auxilios. Al llegar los médicos, le dijeron a mi padre que no tenían allí los equipos necesarios para atenderme y que era necesario trasladarme en una ambulancia a otro hospital.

No recuerdo nada de lo que ocurrió durante ese tiempo. Cuando desperté, me encontraba en una cama del hospital, y, además de no poder moverme, no podía hablar ni tragar. Tenía un aparato en la boca para succionar la saliva, y veía a mis padres a mi lado, hablándome. No sabía cómo había llegado hasta allí. Sólo podía mover mis ojos.

Mi padre me dijo que esa misma noche me compliqué. Los médicos decían que era necesario hacer algo rápido, de lo contrario mis riñones iban a quedar afectados, ya que mi abdomen estaba totalmente inflamado. Tuvieron que colocarme una sonda para poder vaciar mi vejiga; tenía que permanecer con ella para evitar complicaciones.

Nadie sabía cuánto tiempo estaría en el hospital o cómo acabaría todo. Parecía que mi sufrimiento nunca terminaría. Tenían que empezar a hacerme una serie de estudios mucho más complicados.

Hubo momentos en que me encontraba consciente. Quería hablar con mis padres, con mi tía que me cuidaba; pero no me podían oír. Era como si estuviera atrapada en mi propio cuerpo. Externamente me encontraba mal, pero no en mi interior. Le decía al Señor: “Padre, las personas que yo más quiero no me pueden escuchar pero tú sí, y sé que estás allí.

Te pido que me ayudes, por favor. Esto es muy fuerte para mí; sólo tú tienes el poder para levantarme. Te entrego mi vida.”

Los médicos llegaban todos los días a mi cama a verme, pero nada cambiaba. Habían mandado a buscar un medicamento en los Estados Unidos para inyectármelo en vena y poder ver con más detalle cómo estaba mi cerebro. Todos los días me bajaban a realizarme este estudio pero no lograban hacérmelo ya que al ponerme en posición horizontal, se me iba la respiración por completo, y esta era la posición necesaria para el examen.

Mis padres dicen que yo ya no reaccionaba. Por orden de los médicos fui trasladada en una ambulancia a otro hospital para realizarme urgentemente una resonancia. Ellos fueron conmigo.

El director del hospital nos recibió. Había que realizar la prueba con urgencia porque yo estaba perdiendo la respiración. A pesar de los intentos, no pudieron hacerla, ya que me compliqué. Una médica dijo que yo estaba muy mal, y que era necesario llevarme otra vez a cuidados intensivos porque estaba muy delicada.

Me llevaron al hospital, dándome los primeros auxilios en la ambulancia. Al llegar, los médicos empezaron a atenderme. Mi padre en ningún momento se separó de mí. Él me comenta que me llevaban corriendo para cuidados intensivos; le hicieron firmar unos papeles en los que autorizaba a realizarme una pequeña operación para colocarme un catéter por el que me administrarían el medicamento y me colocarían un respirador artificial, ya que no respiraba. Entonces comencé a convulsionar por casi cuarenta y cinco minutos.

Me realizaron un examen en esta condición, y empezó a salir mal por la convulsión. Mi padre pidió permiso a los médicos por un momento, puso sus manos en mi cabeza, y oró en alta voz sin importarle los presentes. “Señor, tú tienes el control. Protege este cerebro, que no tenga ningún daño. Tú tienes el poder. Te entrego a mi hija, confiamos en ti. Padre, sabemos que tú respondes.”

El médico le dijo a mi padre que preparara todo y mi padre le preguntó qué tenía que preparar. El médico le dijo: “Usted no me entendió. Debe prepararse porque su hija se muere. De aquí no sale; le queda poco tiempo de vida.” Lo que los médicos no entendían era que el Señor era el médico de cabecera y tendría la última palabra. Él es especialista en imposibles.

En el momento que dejé de convulsionar, el médico dijo: “Vamos a

hacerle el examen nuevamente. Este cerebro debe estar muy mal.” Para sorpresa suya no salió ningún daño cerebral. No podían entenderlo. No era posible, ya que minutos antes estaba muy mal. El Señor empezó a realizar aun otro milagro en mi cuerpo; respondió a la oración.

Mi padre salió y le pidió a mi madre que pasara a verme, que yo estaba mal y sólo Dios tenía la autoridad y el poder de hacerme regresar con bien. Estaba llena de aparatos, con un respirador artificial, con tubos para pasarme el alimento, en estado de coma, sin reaccionar.

Mi madre dijo al entrar: “Dios mío, esto no puede ser. Dale una oportunidad de vida, que se haga tu voluntad en mi hija.” Me dijo: “Te quiero mucho, hija. Aquí estoy; confiamos en que todo va a salir bien.”

Según los médicos no pasaba de esa noche. En ese momento la fortaleza de mi familia era Jesucristo, y sólo quedaba unirse en oración. Muchas personas en ese momento estaban pidiendo por mi recuperación.

Varios días después pude salir de cuidados intensivos. Fui trasladada a otra sala sin necesidad de utilizar un respirador artificial, sólo con oxígeno. Era un caso un poco delicado y complicado según los médicos; no sabían qué hacer conmigo.

Había estado en el hospital casi un mes y no había mejoría alguna. Mis piernas tenían una posición incorrecta, no podía moverme ni hablar. Para comer algo, todo tenía que ser líquido; mis músculos estaban afectados y aun me tenían colocada la sonda para vaciar mi vejiga.

Me desesperaba por querer comunicarme con mi familia, y lloraba. Mi tía me cuidaba en las noches. Quería hablar con ella y no podía; sólo movía mis ojos. Ella me preguntaba lo que quería; si me ponía otra almohada, si me buscaba algo, o si me cambiaba de lugar. Muchas veces lo único que quería era que me hablara, o en otras ocasiones que me pasara una toalla húmeda por mi cara; pero ella no podía entenderme. Yo oraba: “Ay, Señor, ¿cuándo saldré de aquí? Quiero estar en mi casa.”

Todas las noches mi tía o mi papá antes de irse colocaban en mis oídos un aparato para escuchar discos compactos. Esa música me llenaba de alegría. Hay dos canciones que me gustaba escuchar siempre: “Prefiero a Cristo” y “Si tienes fe”. Al escucharlas, lloraba y decía al Señor: “Te prefiero a ti. Nada de lo que pueda tener me hará feliz. Tengo fe en que me vas a levantar. Tengo fe y confío en ti. Prometo servirte, ir a donde quieras que yo vaya.”

Doy gracias al Señor por darme la oportunidad de vivir. Recuerdo un día en que tuvieron que bajarme a otra sala para realizar un examen que demoraba casi tres horas. Una electromiografía para la que me ponían una serie de agujitas en las piernas y en los brazos. En esta prueba sólo podía estar la persona que me lo iba a realizar, y yo no debía moverme ni hablar.

La médica comenzó a hacerme la prueba, y al salir los primeros resultados, me dijo que no era posible. Me miró y me dijo: “Todo va a salir bien. Sólo falta algo. Hay algo que no hemos hecho antes de realizarte esto, y lo vamos hacer ahora.” Rompió el papel que tenía en la mano, puso las manos en mi cuello, y dijo: “Vamos a orar. Eso es lo que hace falta.” Al terminar la oración, sonrió y dijo: “Ahora sí”, y nuevamente empezó a realizar la prueba con un gesto de aprobación. Esto me llenó de confianza. En esos pequeños detalles, el Señor me decía: “*Confía, yo estoy contigo.*”

Querido lector:

Dios escucha la oración. Él tiene cuidado de cada uno de nosotros. Leemos en Mateo 7:7-11:

“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?”

Cuando oras, ¿tienes confianza en que Dios contestará? ¿O sientes que no escuchará tu oración? ¿Son tus oraciones específicas o generales? ¿Tu vida es de oración o sólo recuerdas a Dios de manera ocasional?

En este pasaje Jesús nos hace una promesa. Muchas veces pensamos que encontraremos la solución a nuestros problemas por otros medios, nos desesperamos, recurrimos a personas, y nos olvidamos de que el Señor está allí, esperando a que vayamos confiadamente ante Él y le pidamos.

A menudo nos cansamos, nos impacientamos, ya que deseamos ver los resultados al instante en todo lo que hacemos. Sin embargo, la voluntad de Dios no está en nuestra programación. Como Dios existe fuera del tiempo y puede ver a la vez toda nuestra vida –pasado, presente y futuro–, sólo Él conoce exactamente lo que necesitamos y cuándo lo necesitamos.

Orar no es solamente pedir y recibir, es también dar gracias, adorar y alabar al Señor Dios. Hay que estar agradecidos por cada cosa que el Señor nos da cada día. Toda petición, todo deseo de nuestro corazón y toda necesidad, debería empezar con pedir a Dios su consentimiento, buscar su voluntad. Tenemos el derecho y la autoridad de acercarnos a Él y hacerle una petición porque Jesucristo está en nuestra vida y es nuestra vida.

Debes tener presente la perseverancia en la oración. Aunque no tengas respuesta, persevera. Dios contestará en el momento preciso. Él nunca llega tarde; puede estar cultivando la paciencia en tu vida. El Señor hace las cosas en un tiempo muy distinto al de nosotros. Su intención es quitar de nosotros actitudes que nos perjudican, moldear nuestro carácter, y cultivar en nosotros un espíritu de fervor y perseverancia. ¡Ora y persevera!

Un sueño y un milagro

Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor.

Salmo 40:1

Fui dada de alta del hospital después de más de dos meses sin una esperanza de mejoría. Los médicos les decían a mis padres que sólo quedaba esperar. Ellos ya no podían hacer más nada por mí.

Me encontraba en un estado mucho más delicado, sin poder moverme del cuello hacia abajo. Mis piernas estaban algo deformadas, no podía sostener mi cabeza, y había perdido el habla por lo que me comunicaba con la vista. Además tenía problemas para comer; me alimentaban con un gotero.

Fue un milagro poder salir de allí con vida. En ocasiones me desesperaba, pero al final me daba cuenta de que no ganaba nada con eso. Muy dentro de mí le daba mil gracias al Señor por haberme permitido regresar a casa. Era como si me hubieran dado un premio, un gran regalo. Le pedía con todo mi corazón que volviera a comunicarme con las personas que yo más quería.

Para poderse comunicar conmigo, mi madre escribió en una pizarra el alfabeto. Cuando yo quería decir algo, iban señalando letra por letra, y para indicar la letra que quería cerraba los ojos, hasta formar palabras para que mi familia pudiera entender lo que necesitaba.

Tenía que depender de que alguien me ayudara a sentarme, me tenían que amarrar a la silla de ruedas, y alguien sostenerme la cabeza. ¿Cómo cambiaría la situación? Sólo el Señor tenía el poder para hacerlo.

Era difícil para mí estar atravesando por esto, sin poder comunicarme con mi familia. Cada noche al dormir me acostaba con la confianza de

que el día siguiente sería mejor. Él era mi única esperanza. Sabía que tenía poder para levantarme de una vez, pero todo era un proceso, ya que de cada cosa que me volviera a recuperar, habría una gran lección, una enseñanza para mí.

Pronto comenzaron a verse algunos de los propósitos del Señor, aunque las circunstancias aun no parecían mejorar. Ya hacía casi tres meses que no podía hablar. Me daban terapia de lenguaje, pero lo único que lograba decir eran las vocales, y no muy bien.

Mi mente rechazaba esta situación. Sabía que podía volver a hablar como antes. Oraba: “Señor, tú tienes poder para hacerlo. Creo en ti, ayúdame. Te entrego mi vida, haz lo que tú quieras con ella. Te prometo servirte por el resto de mi vida. Nunca dejaré de confiar en ti.”

El Señor estaba tratando de manera fuerte conmigo. La situación era desesperante; tenía miles de cosas que quería decir y no podía. Sólo me quedaba esperar. Cuando alguien llegaba a mi cuarto a verme, quería gritar y decir: “Estoy aquí. ¿Me puedes escuchar?” Había días en los que no llegaba nadie; muchos de los que decían ser mis amigos se apartaron. Comprendí que el mejor amigo que podemos tener, que es fiel y que nunca nos abandona, es el Señor.

Una noche, al acostarme, le pedí con todo mi corazón al Señor que me ayudara, que me permitiera volver a hablar, que hiciera un milagro. Clamé a Él con todo mi corazón, pidiéndole que mi familia me volviera a escuchar. Esa noche me acosté con una esperanza muy grande de que todo empezaría a cambiar. Tuve un sueño en el que se me decía que el 13 de septiembre a las cuatro de la tarde recibiría un milagro; que esperara.

Cuando llegó mi madre esa mañana, estaba muy inquieta. Le hice señas para que buscara el abecedario y por medio de éste le pregunté qué día era. Ella me dijo: “Hoy es 13 de septiembre.” Tenía en mi mente el sueño y logré comunicárselo. Mi madre me dijo que debíamos orar y esperar en el Señor, ya que sólo Él sabía lo que iba a ocurrir.

Esa mañana había venido la terapeuta de lenguaje, y no había mejoría alguna. En mi cabeza recordaba el sueño una y otra vez. Mis padres entraron a mi cuarto antes de las cuatro de la tarde para tener un tiempo de oración conmigo, pidiéndole al Señor que indicara qué hacer.

En esa actitud de oración, cuando fueron exactamente las cuatro de la tarde, sentí como si me hubiera entrado un calor en mi garganta y mi cabeza, como si algo me hubiera acomodado los músculos. Era un calor

intenso, como si me quemara las cuerdas vocales. De repente empezaron a salir palabras.

Lo primero que dije fue: “*Gloria a Dios.*” A medida que pasaban los minutos las palabras iban saliendo cada vez mejor. ¡El Señor estaba presente! El calor poco a poco fue desapareciendo, hasta llegar un momento en que recuperé el habla por completo, como si nunca hubiera ocurrido nada.

Mis padres estaban llorando por lo que estaba ocurriendo. Pude mirarlos y decirles: “Puedo hablar. ¿Me escuchan?” Mis lágrimas empezaron a correr, apenas podía hablar de la emoción. Esto era un regalo inmenso de parte del Señor. Había pasado casi tres meses sin poder decir una sola palabra. Era como si me hubieran dado una segunda oportunidad. Les decía a mis padres cuánto los quería; no podía dejar de conversar con ellos. ¡Nuevamente coordinaba mis palabras!

Muchas personas que me vieron así se impresionaron mucho. Cuando mi tía y mi abuela entraron al cuarto y me escucharon saludarles, no podían dejar de llorar, dándole gracias al Señor por lo que estaba ocurriendo.

Aun no podía moverme; todavía faltaba un camino largo por recorrer, pero el Señor me mostraba que estaba conmigo. Mi vida empezó a cambiar. Mi fe empezó a crecer y aprendí a mirar más allá de las circunstancias. Lo que estaba ocurriendo empezó también a tocar la vida de otras personas.

Querido lector:

Cuando atravesamos por circunstancias difíciles suceden muchas cosas. En esos momentos nos damos cuenta del valor de todo lo que nos rodea. Empezamos a ver la vida desde otro punto de vista, y a dar gracias por todo. En este camino de dolor nos damos cuenta de que el único que sigue fiel a nuestro lado es el Señor. Nuestros amigos, nuestra familia, personas queridas, se pueden alejar de nuestro lado y darnos la espalda, pero Él nunca lo hará.

Todos en algún momento nos cansamos, pero el poder y las fuerzas de Dios nunca disminuyen. Él nunca está muy ocupado para escucharnos y ayudarnos; está esperando a que vayamos a Él en medio de las pruebas con toda confianza. Si por un momento sientes que ya no puedes dar un paso más, clama a Dios y pídele que renueve tus fuerzas. Él te sacará del pozo de la desesperación y pondrá en tu boca un cántico nuevo, alabanza a tu Dios.

Ministerio Libertad en Cristo

Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

Mateo 28:18-20

En el año 2001 mi padre recibió la invitación del pastor José Mario Monroy, esposo de mi hermana, que era pastor de la iglesia Bautista de David en la provincia de Chiriquí, el cual lo animaba a participar en el seminario de pastores y líderes. Mi padre se interesó y fueron a una entrevista con el pastor Ko, de origen coreano, que está a cargo del seminario en Bambito, Chiriquí, que queda a unas siete horas de donde vivimos. Mi padre estuvo allí por unos meses. Dios trató con él; puso en su corazón alcanzar almas para Cristo y servirle con todo su corazón. El dinero no importaba, lo material no lo es todo. Todas estas cosas son temporales, pero lo que Dios nos ofrece es eterno.

Un año después, el 16 de septiembre de 2002, abrimos las puertas de nuestro hogar para dar inicio a una obra cuyo nombre es Ministerio Libertad en Cristo, y que comenzó con doce personas, casi todas jóvenes. Oramos para que el Señor dirigiera cada paso, y si era su voluntad, que creciera. Desde un comienzo el propósito de este ministerio fue alcanzar almas para Cristo, llegar a todas esas personas que aun no conocen del Señor; brindarles un mensaje de salvación a quienes aun no lo han escuchado.

El inicio de este ministerio era uno de los propósitos que el Señor tenía detrás de todo. Como familia nos estaba llamando a servirle, moldeando

el carácter de cada uno de nosotros. Aprendimos a depender totalmente de Él.

Me encontraba aun en un estado en el que no podía estar sentada por mucho tiempo, ni podía controlar mi cabeza. Mi padre abrió la puerta del cuarto para que escuchara los cantos. El pequeño grupo empezó a crecer y ya no eran doce personas, sino treinta y cinco, y cada vez asistían muchos más para escuchar de la Palabra. Este grupo empezó a buscar más a Dios. Se realizaban estudios los sábados, y los domingos a las nueve de la mañana empezábamos nuestro culto dominical. Se cantaba, se adoraba, y mi padre daba el mensaje bíblico.

Dios estaba dirigiendo cada paso que se daba. Decidimos mudarnos para un lugar un poco más grande, un antiguo depósito de mi padre que por muchos años fue para guardar mercancía. Se fue remodelando poco a poco, y cuando se quitaron todos los materiales de construcción que se encontraban en este lugar y se terminaron de hacer los arreglos, tenía forma de una iglesia. Nuestra visión desde un comienzo fue alcanzar a las personas que aun no han conocido del Señor, brindar apoyo y ayuda al necesitado, llevar el mensaje de salvación.

Dios nos llama a que le sirvamos, dejando todo atrás, para que podamos llevar esperanza a aquellos que no la tienen. Él es el que capacita a aquellos que son llamados; pone palabras donde no hay. Cada uno tiene la responsabilidad y la misión aquí en esta tierra de hablar de Cristo a los demás. Cada día Dios pone en nuestro camino a amigos, familiares, o personas desconocidas. Está en nuestras manos el comunicarles el mensaje de salvación que cambió nuestra vida.

Predicar el evangelio no es una opción; es un mandato a todos aquellos que han recibido a Jesús como Señor y Salvador. Él promete estar con nosotros siempre. No todos somos evangelistas en sentido formal, pero Él nos ha dado dones para cumplir esta gran comisión.

Se escogió el 27 de diciembre de 2002 para la inauguración. Mi padre decía: “Hija, tú tienes que estar ese día. Te voy a llevar como sea. Compraré un sillón reclinable, si es necesario, para sentarte y tenerte allí.” Yo no podía sostenerme. Tenían que amarrarme a la silla de ruedas, y sostener mi cabeza ya que no podía controlarla. Podía estar muy poco tiempo sentada.

Llegó el esperado día de la inauguración. Mi padre no tuvo necesidad de tener un sillón reclinable para llevarme. Días antes pude controlar los

movimientos de mi cabeza y sostenerla con mis propias fuerzas. Asistí sentada en la silla de ruedas, aunque tenían que amarrarme a ella para sostener mi cuerpo; pero ya podía estar sentada sin cansarme mucho. Le dí infinitas gracias a Dios por estar en esa condición, por tenerme con vida.

Querido lector:

Los obstáculos son oportunidades para avanzar. Si tú haces tu parte, Dios tomará cada obstáculo que venga a tu vida y lo volverá un peldaño que te llevará a un lugar de más honor y de grandes bendiciones. Dios quiere llevarte a nuevas victorias; pero el enemigo no quiere que tu destino se cumpla, por eso trata de desanimarte con distintas circunstancias.

Nuestra actitud es importante al llegar los tiempos de pruebas. Céntrate en las promesas de Dios. Vive una vida que agrade y honre a Dios, y dale gracias por su fidelidad sin importar cuáles sean las circunstancias. Antes de que pase mucho tiempo, empezará a ver los sueños hacerse realidad, ¡sueños llenos de bendición y victoria!

Todos tenemos sueños; nos fijamos metas. Pero en el camino de la vida se nos pueden presentar distintas pruebas, obstáculos que quieren hacernos caer. Te animo a que en cada obstáculo sigas confiando en Dios, con la vista puesta en todas las promesas que Él te da.

Medita en Habacuc 2:3: *“Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará.”*

Seguramente Dios ha puesto sueños y deseos en tu corazón; cosas que estás esperando, por las que estás orando y creyendo. La Biblia dice que si oramos con fe de acuerdo con la Palabra de Dios, Él oír y contestará nuestras oraciones. No tienes que luchar y tratar de forzar el cumplimiento de tus sueños. No tienes que estar preocupado o frustrado, preguntándote si un día van a hacerse realidad. Si tienes la promesa de Dios profundamente en tu corazón, la Biblia dice que tú entrarás “al reposo de Dios”. Ese es un lugar de confianza total; un lugar en que Dios va a garantizar que lo cumplas todo. Es un lugar de fe, con plena certeza de que Dios está en completo control, y que en su tiempo, ¡Él hará que tus sueños se cumplan!

Apoyo de amigos

En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia.

Proverbios 17:17

El año 2002 seguí recibiendo atención de diferentes especialistas, tanto terapeutas como médicos. Pero no me daban respuestas ni soluciones. No tenían esperanzas de que volviera a levantarme. Cada vez que alguien dejaba mi caso, me entristecía, pero decía: “Me voy a levantar; no puedo dejar de luchar. Voy a llegar a la meta. Las cosas van a cambiar; lo creo con todo mi corazón.”

El 19 de diciembre cumplí diecinueve años. Le di gracias a Dios por permitirme estar con mi familia y mis amigos. Ya no me encontraba en una cama, podía estar sentada sin agotarme mucho.

Fueron casi ocho meses en que estuve acostada. Esa situación fue muy difícil, ya que como joven quería poder hacer muchas cosas. Recuerdo a un médico, amigo de la familia, que llegaba a la casa, y se quedaba muchas veces todo el día conversando conmigo. Me hacía reír mucho, y me decía que yo iba a volver a correr. Al igual que mi amiga Maryorie, que llegaba y se acostaba en la cama que estaba a mi lado. Muchas veces hasta se quedaba dormida; pero no se retiraba porque quería hacerme compañía. A ella no le importaba mi condición. Llegaba y decía: “Vengo hoy para hacerte reír. Te tienes que mover de alguna forma.” Colocaba una almohada en mi cara para que la quitara como pudiera. Decía que era mi terapeuta.

Esto no lo puedo olvidar; tampoco a mi primo Jorge, que llegaba en las tardes. Entraba al cuarto y se sentaba a conversar por horas, dándome ánimo para seguir adelante. Él siempre estaba al tanto de todas las cosas. Doy gracias a Dios porque utilizó a él y a Maryorie para animarme, y saber que podía contar con alguien.

El hecho de volver a estar sentada después de ocho meses en cama sin poder levantarme, era una gran bendición y una respuesta. Se acercaba otro año de nuevos retos; seguía confiando en que Dios terminaría lo que había comenzado.

Todas las tardes mi papá me llevaba al portal y me sentaba. Por mi mente pasaban los recuerdos de cuando era niña, cuando salía corriendo de mi casa en las tardes. Él me decía: “Nadhy, lo vas a volver a hacer.” Le pedía al Señor: “Permíteme volver a estar de pie. No dejaré de luchar, porque sé que tú me abrirás las puertas.”

En esta situación me tocó enfrentar varios desprecios. Muchas personas me volvieron la espalda. Algunas amistades dijeron que volverían a salir conmigo cuando estuviera bien, pero no como estaba. Poco a poco se fueron alejando. Pero Dios añadió a personas que empezaron a influir en mi vida y que se convertirían en mis amigos. Aprecio mucho a mi amiga Maryorie, que desde que me conoció no le importó mi estado y siempre trató de animarme, a pesar de su corta edad. Mi familia en todo momento estaba pendiente para apoyarme y ayudarme a seguir adelante. La licenciada que llevaba mi caso fue de mucho apoyo. A ella no le importó lo que le decían los demás médicos; se llenó de fe y se convirtió en mi amiga. Supo entenderme y me ayudó en ese momento crucial de mi vida. Fue alguien que Dios puso en mi camino y sé que también fui de bendición para ella, y para todos los que pudieron conocerme. Al transcurrir el tiempo, Dios me permitiría conocer a otras personas que influirían en mi vida y que dejarían huellas en mi corazón.

Nunca olvidaré el 31 de diciembre de 2002. Como familia le dábamos gracias a Dios por las cosas que nos había permitido vivir. Esa noche, en mi oración, le dije al Señor: “Permite que este próximo año sea diferente, que las cosas cambien. Pon a personas en mi camino que toquen mi vida y que mi vida sea de bendición para ellos. Quiero servirte aun así como estoy; no voy a mirar atrás. Gracias por lo que has hecho conmigo; pongo en tus manos el nuevo año.” Le dije a mi amiga Maryorie: “El próximo año será diferente.”

Querido lector:

Jesucristo manifestó su amor al dejar su gloria, humillándose por nosotros y sacrificándose en la Cruz. Él quiere ayudarnos a llevar una vida desinteresada, y que con corazón sincero sirvamos a nuestro prójimo. Manifestamos su amor al estar dispuestos a hacer sacrificios, al consolar al que sufre y comprender su dolor. Por mis experiencias personales y el sufrimiento de mi familia, puedo ponerme a lado del amigo que sufre. La mejor decisión que he podido tomar es servir al Señor con todo mi corazón. Él ha puesto en mi corazón gran amor por las personas que aun no le conocen.

Hay mucha discriminación en nuestra sociedad. Muchos se pasan la vida peleando, diciendo: "Tú no puedes hacer esto porque eso me corresponde a mí, no estás capacitado para eso." De esa manera nos quedamos estancados en el mismo sitio, sin poder avanzar, distrayéndonos con cosas que no agradan a Dios.

El Señor nos enseña mediante el sufrimiento. Hay propósitos en cada una de las pruebas. Míralas como oportunidades para crecer. Atraviéshalas con confianza, no con tus propias fuerzas sino con el poder de Dios. Levántate firmemente, no mirando tu situación, y mucho menos atrás, sino hacia adelante, puestos tus ojos en Jesús, quien va a tu lado, renovando tus fuerzas, y te dice: *"No temas, porque yo estoy contigo."*

Terapia intensiva

Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?

Salmo 27:1

El año 2003 traería otros retos. Una mañana al despertar les dije a mis padres que quería continuar con mis terapias físicas, que me buscaran a alguien que me atendiera. Ya me habían visto muchos fisioterapeutas y todos dejaban el caso porque se cansaban y decían que no había más nada que hacer. Mi oración ese año era: “Pon a una persona que me quiera ayudar y quiera luchar conmigo hasta conseguir que camine.”

Ellos tenían una referencia a terapia física y a terapia ocupacional que había enviado la médica que me atendía. Quise asistir una vez más, confiando en que encontraría a alguien que no me dijera que era imposible, sino que había que luchar y tener fe.

En febrero de ese año inicié una terapia física en un hospital cerca de mi hogar. Iba acompañada por mi tía, Jacke. Ella me esperaba mientras me realizaban la terapia. Me colocaban en una mesa para mover mis miembros y eso me causaba mucho dolor.

Muchas veces sentía que todo era muy mecánico y le pedía al Señor que pusiera a alguien que, aparte de ayudarme, fuera mi amigo o amiga. No quería que me trataran como a una máquina. Tengo sentimientos, y en cierta forma me dolía todo lo que me ocurría; pero tenía buen ánimo en todo momento porque Dios me daba la fortaleza.

Mi oración fue contestada en la persona de la licenciada Ruth de la Cruz que me daría terapia ocupacional. Ella era una señora pequeña, un tanto acelerada, que me dijo: “Mi’ja, vamos a trabajar fuerte. Te voy a

enseñar a ser independiente.” Yo le pedí que no dejara mi caso.

Pensaba cuando la veía: “Parece un general”; pero nunca pensé que me iba a encariñar con alguien como lo que hice con esa señora, la cual se convirtió en mi amiga, en una segunda madre, y tocó mi vida de manera que nunca podré olvidar.

Le dije a mi mamá: “Conocí a una terapeuta medio acelerada; pero creo que ella me va a ayudar. Sólo espero que no se canse de mí.” Mi familia la conocía de algún tiempo atrás, pero era la primera vez que yo la veía.

Continué con las terapias; fue todo un proceso en el que tuve mucho que aprender. Antes de salir de mi casa para ir a mi cita, oraba y le pedía al Señor que usara a esa señora. Cuando llegaba a mi terapia, ella salía muy alegre y me decía: “¿Estás lista? Bueno, muévete, que vamos a la carga.” Esa señora me hacía reír, y por primera vez alguien había tomado mi caso de esa manera. Yo le decía “mi general”, ya que era bastante estricta. Ella me enseñó a hacer todo de nuevo. Me frustraba a veces cuando me sentaba y no me podía sostener. Parecían cosas tan sencillas, pero a mí me costaba una eternidad lograr hacerlas. Eran pequeños retos que para mí eran grandes, como por ejemplo, volver a ponerme las medias y mis tenis.

La licenciada empezó a inventar de todo. Para colocarme las medias, ella me había confeccionado un aparatito donde colocaba la media y, como si estuviera pescando, lo tiraba al pie y luego estiraba un pedazo de hilo, y quedaba la media puesta. Detalles tan insignificantes como esos para mí eran grandes. El día que logré coordinar todos los movimientos para hacer eso, me sentí muy feliz.

Mis piernas se encontraban en una posición que nadie se atrevía a tocarlas ni a estirarlas. Los médicos me decían que mis pies necesitarían después una operación para mejorar la posición, y que sería con propósitos de estética.

Mi terapeuta cada vez que me atendía, movía mis piernas. Ella decía que tenían que ceder; que no me iban a operar. Nunca olvidaré un día que llegué, y mientras esperaba para ser atendida, decía en mi mente: “Dios, utiliza las manos de ella. Haz esa operación en mis piernas, enderézalas, que mi rodilla empiece a doblarse.” Como mis piernas estaban completamente estiradas, sentía mucho dolor cuando las hacían moverse.

Un día, cuando ella empezó atenderme, de repente las piernas y los pies empezaron a soltarse, a ceder. ¡Fue una respuesta! Con el tiempo, poco a poco, quedaron en su posición normal. Cuando el ortopeda me vio las piernas se quedó sin palabras, ya que él había dicho que sólo con operación sería posible esto. Le dije: “Sólo Dios, y Él me va a levantar.”

Cada día era un nuevo reto en la terapia. Muchas veces lloré como una niña de dolor; pero no me podía rendir si quería alcanzar con ayuda de Dios lo que anhelaba. El mínimo movimiento era una gran bendición. Qué alegría sentí cuando logré mover un dedo; fue algo muy grande.

En este proceso tuve que volver a aprender a realizar todo de nuevo, hasta aprender a gatear. Eso era otra cosa que me frustraba. No me podía colocar en esa posición de gateo. Me caía, lo intentaba, lo hacía de nuevo, y nada; pero me reía. Parecía una niña tirada en el piso, tratando. Le decía a la terapeuta que eso parecía un juego. Tenía que tener paciencia y perseverar.

En mi casa me tenían un pequeño gimnasio. Mi tía se tiraba conmigo al suelo a practicar todos los ejercicios. Me reía de todo. Allí acostada decía: “Aun me falta mucho para estar de pie, pero estoy en ese camino. Ese es mi sueño; voy a luchar.”

Querido lector:

Nos dice la Palabra, en Mateo 6:33-34: *“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanáis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.”*

En nuestra vida el Señor debe ocupar el primer lugar, todas las demás cosas serán añadidas si somos obedientes. Nuestras metas y ocupaciones son importantes ya que Dios quiere que nos esforcemos y sigamos adelante, pero no debemos permitir que nos impidan poner nuestra mirada en Él. Cada cosa que realicemos es porque Él lo permite, debemos confiar en Aquel que está a nuestro lado siempre.

Buscar el reino de Dios y su justicia significa buscar su ayuda en primer lugar, saturar nuestros pensamientos con sus deseos, dejar que Él sea quien nos dirija, tomar su carácter como modelo, y obedecerle en todo momento.

¿Para qué afanarse por el mañana? Podemos planear nuestras metas y proyectos, pero con la dirección del Señor. Desesperarse por lo que va a ocurrir no nos lleva a ningún lugar; así no avanzamos. Para el que se afana hay temor e inseguridad, se le hace difícil confiar en Dios. No permitas que el afán por el mañana interfiera en tu relación con Dios hoy.

El Señor tiene propósitos en cada cosa que nos sucede. No dejes que la desesperación y el temor inunden tu vida. Hay esperanza, una salida, y sólo hay alguien que te puede ayudar, se llama Jesucristo. Tu vida es valiosa para Él. Detrás de ese dolor o sufrimiento que puedas estar atravesando, te dará la victoria. Confiar en Él es lo mejor.

Cambios graduales por fe

*Pero sin fe es imposible agradar a Dios;
porque es necesario que el que se acerca a
Dios crea que le hay, y que es galardonador
de los que le buscan.*

Hebreos 11:6

Llegó el día en que volví a verme de pie. Al final de una sesión de terapia me dijo la licenciada: “Espera. Hoy vamos a realizar un nuevo ejercicio.” Puso un espejo delante de mí y empezó a ponerme de pie. Al comienzo me mareaba, mi mundo daba vueltas; pero llegó el momento en que agarrada a una silla pude verme de pie. Fue algo emocionante. Aun no podía dar un paso, ¡pero estaba levantada! ¡No podía creerlo!

Por mi mente pasaron muchos recuerdos. Me quedé sin palabras, no me quería volver a sentar. Sólo decía: “Crecí allí sentada, y ahora estoy de pie.” En mi mente le daba gracias a Dios, y Él me decía: “*Sigue, estoy contigo.*” Fue la sensación más grande que jamás había sentido.

Cuando llegué a casa ese día, pedí a mis tías que me ayudaran a realizar el ejercicio de nuevo, para que mi madre me viera. Fue algo impresionante. Me cansaba al hacerlo, pero estaba muy feliz y reconocía que era Dios quien lo había permitido.

Fue un proceso; empecé a dar mis pasos por fe. Otra gran sensación fue cuando di mi primer paso, ayudada por un andador. Fue algo difícil, ya que no coordinaba bien. Me tomó tiempo lograrlo, pero cuando lo hice, era un escalón más. Muchas veces terminé en el suelo, intentándolo, y llorando. Mi terapeuta me decía: “Trata de ponerte de pie. Esa va a ser la terapia de hoy.” Lloraba porque eran muchos los intentos que hacía y no

podía levantarme. Limpiaba el piso del gimnasio de tantos esfuerzos; pero eso me enseñó que de los golpes uno aprende, de las caídas, del fracaso. Uno se levanta; hay que luchar e intentarlo una y otra vez. Cuando la licenciada veía que no daba más, venía y me ayudaba a ponerme de pie.

Fueron meses de enseñanza para mí. El tiempo pasaba rápido; ya estaba por terminar el año 2003. Aun no había dejado la silla de ruedas, pero confiaba en que el Señor terminaría lo que había comenzado.

La licenciada fue de mucha bendición a mi vida; dejó huellas muy profundas. Sólo Dios pudo poner en su corazón ese cariño hacia mí, ya que sólo era una paciente más. Pero el buen trato llegó a lo más profundo de mi corazón.

Ese año fue de muchas bendiciones, de respuestas. Desde mis catorce años estuve luchando con esa situación; sólo Dios me había dado la fuerza. Ahora le daba gracias por lo que me había permitido lograr. Las cosas se encontraban un poco diferentes de cómo estaban un año antes. Al despedir ese año, veía todo lo que había ocurrido y cómo Dios me tenía con vida. Vendría otro año de nuevos retos, de luchas, y de victorias.

Continuaba a diario con mis ejercicios. Iba a mi terapia bien sonriente, acompañada de mi tía Teresa, quien conoció al Señor a raíz de mi problema. Su vida cambió por completo. Ella me ayudaba con mis ejercicios, y me acompañaba al hospital casi todos los días.

Aun me faltaba mucho por recuperar; me esperaba un camino largo, pero de nuevas victorias. Dios me había permitido lograr muchas cosas. Pude controlar un poco más mi brazo izquierdo. Dios empezó a restaurarlo, y el día que pude moverlo y comer con mis propias manos fue algo muy grande para mí. También fue maravilloso poder vestirme sola y empezar a realizar mis cosas con un poco de dificultad pero por mi cuenta, aunque me demorara mucho en coordinar el brazo. Todos estos detalles que podrán parecer insignificantes para otros, para mí eran bendiciones. Uno de mis sueños era poder volverle a dar un abrazo a mi madre estando de pie. El día que pude dárselo sentí una felicidad muy grande.

Me sentía privilegiada por las cosas que Dios había hecho en mi vida. En ese estado no dejaba de hablar con otros lo que Él había hecho; sabía que no me podía quedar callada. Le pedía a Él con todo mi corazón que me permitiera seguir adelante: “Señor, ayúdame. Si es tu voluntad, restáurame por completo. Voy a seguir luchando porque sé que tú

estás a mi lado. Dame las fuerzas que necesito para pararme firme y dar mis pasos de fe, y permite que sea de bendición a otros. Gracias por todas las cosas que me has dado.”

El día que cumplí mis veinte años me puse de pie muy animada y fui a la terapia. Ese día mi terapeuta me hizo realizar aun más ejercicio, y me movió tanto las piernas que me salieron lágrimas. Cuando terminó el maratón de ejercicio, le dije:

–Muchos regalos de cumpleaños, pero no me dejó ni descansar, mi general.

–Mi’ja, ahora sí vas a descansar –me respondió, y me hizo pasar a un cuarto donde me tenía un dulce, y varios del personal médico que trabajaban con ella estaban allí.

Fue un gesto que me conmovió, pues pude ver el cariño que me habían tomado. Ese día ratifiqué mi decisión de seguir luchando. Estaba segura de que el próximo año traería nuevas sorpresas, y nuevas victorias.

Soñaba con volver a caminar por mis propias fuerzas, sin ayuda de nada, sin caerme; soñaba con salir, moverme con agilidad como lo hacía antes. Cuando me encontraba en el consultorio, venían a mí estos recuerdos que sólo Dios sabía y podía hacerlos realidad. No me cansaba de darle gracias por las bendiciones que me había dado, sobre todo el poder estar con vida.

Como joven tenía sueños, y muchas ganas de seguir adelante. Una de mis metas era ingresar a la universidad para continuar con mis estudios y poder superarme. Esperaba ansiosa el día que esto se hiciera realidad, porque sabía que el Señor tenía en control cada detalle.

Querido lector:

Es importante aprender a creerle a Dios, a activar nuestra fe y ponerla en práctica. Dios quiere ayudarnos en cada área de nuestra vida: en lo pequeño y en lo grande, y utilizará diversos medios para llamar nuestra atención. Debemos perseverar en la carrera, pues Dios abrirá puertas que nos asombrarán.

Hay mucho dolor en el mundo. Hay personas que andan con el rostro angustiado, lleno de resentimiento. A muchos en la sociedad les importa más lo externo que lo interior de una persona. Todos somos iguales, y tenemos el mismo derecho de ser aceptados y escuchados. Dios quiere que seamos

de bendición a otros. Tenemos mucho que dar. Muchos necesitan de nuestra ayuda, de nuestro apoyo.

No sé si te ha ocurrido que te sientes un poco triste, a veces un poco desanimado, y de repente conoces a alguien que te dice cosas que pueden cambiar tu día. Ese es Dios que puso allí a esa persona. Esos encuentros muchas veces inexplicables, son citas que Dios te prepara.

Dios pone a personas en nuestro camino para ayudarnos y animarnos. A veces sin darnos cuenta somos de bendición a otros, podemos ayudar a cambiar la vida a alguien. Detente en este momento a pensar, y hazte la pregunta: *¿Estoy siendo de bendición a otros?*

Cada paso una victoria

*En todas estas cosas somos
más que vencedores por medio
de aquel que nos amó.*

Romanos 8:37

Dios estaba dirigiendo mi vida; Él tenía el control de cada situación. Cuando permitimos que Dios nos dirija las cosas son diferentes. Es como una gran orquesta que, bajo la conducción de su director, ofrece una bella melodía. Así hace Dios cuando nos dejamos guiar. Sin importar cómo se vean las cosas, el resultado es una bella melodía.

Comenzaba un nuevo año con nuevas experiencias y retos. En 2004 las cosas serían distintas. Continuaba con mis terapias y ya me encontraba dando algunos pasos con ayuda de un andador, porque no tenía aun la suficiente coordinación. Quería con todo mi corazón dejar la silla de ruedas de una vez por todas, pero me agotaba mucho todavía.

Un día de febrero me dijo la licenciada: “Nadhy, mañana la terapia no será adentro sino que te voy a esperar en el estacionamiento. Vamos a caminar desde que te bajes del auto hasta mi consultorio.”

No era una distancia tan larga, pero para recorrerla tenía que subir una especie de rampa, para mí un poco pesada. Me fui ese día muy optimista. Al llegar a casa, muy emocionada les dije a mis padres lo que debía hacer al día siguiente. Era un reto, pero me llenaba de alegría porque lograrlo significaba mucho para mí.

El día siguiente estaba algo soleado y la licenciada tenía puesto un sombrerito. Salió muy animada y me preguntó si estaba lista. Al llegar a donde yo estaba me recordó la meta para ese día. Muy emocionada,

empecé con mi intento de levantarme del auto. Allí tuve mi primer obstáculo; demoré una eternidad para incorporarme. Cuando logré levantarme, estaba empapada en sudor, y aun me faltaba un largo camino. Fue muy agotador dar cada paso; pero a la vez una victoria. ¡Me encontraba de pie, aunque con ayuda de apoyos, pero levantada! Muchas personas se admiraban y reconocían que la fe mueve montañas. Me veían luchando, esforzándome para no caer.

El dolor que sentía al dar cada paso era horrible; pero logré llegar a mi meta después de cuatro horas. Di cada paso por fe; cada esfuerzo lo realizaba porque Dios estaba conmigo. Fue increíble llegar al consultorio andando. Después de sentarme a descansar no quería regresar al auto en la silla de ruedas. Pero para eso necesitaría otras cuatro horas. Me reía y le daba gracias al Señor. Tenía que perseverar y mantenerme firme.

Cuando llegamos a casa, le pedí a mi tía que me ayudara a levantarme junto a la reja. Me agarré de ella con la mano que podía mover mejor, y recordé meses atrás cuando me encontraba en la silla de ruedas del otro lado y soñaba con levantarme, sin importar cómo fuera, y agarrarme de allí. Ahora ese sueño se había hecho realidad, y me daba fuerzas para seguir luchando.

Otro de mis sueños era entrar a mi casa de pie. Le dije a mi tía que me ayudara; quería caminar hasta llegar a mi cuarto, sin importar cuánto tiempo demorara. Quería que mis padres me vieran. Cuando mi madre me vio dar un paso, lloró y le dio gracias a Dios. Mi tía me ayudaba, y cuando me cansaba, me sentaba. Después de casi dos horas llegué a mi cuarto y me agarré de la puerta. Le dije a mi tía: “¿Te acuerdas cuando estaba aquí en una cama, acostada, sin esperanza de nada? Mira cómo Dios me tiene ahora. Cada paso lo doy por fe, y le pido que afirme mis pasos por completo.”

Ese día me acosté con la confianza de que el día siguiente sería mucho mejor, y le di gracias a Dios por cada cosa que sucedía a mi alrededor. Le pedí que siguiera poniendo a personas en mi camino que influyeran en mi vida, que fueran de bendición. No sabía cómo iba a terminar todo; sólo Dios sabía.

Yo estaba aprendiendo muchas cosas. Cada día era como una gran lección. Muchos cambios estaban ocurriendo en mí, y muchas personas estaban siendo tocadas.

Continuaba con mis terapias todos los días. En ocasiones era un poco difícil; a veces llegaban momentos de frustración. Uno de esos días, me dijo la terapeuta:

–Hoy vamos a empezar a aprender de nuevo a abrir puertas.

No parecía ser algo difícil, y le dije:

–Eso está fácil; cualquiera puede hacer eso.

Pero eran de esas puertas que se empujan a presión y fue muy difícil para mí. Cada vez que lograba abrir un poco la puerta, se cerraba, y yo quedaba en medio luchando por pasar al otro lado. Estaba muy débil para abrir esa clase de puerta con rapidez. El día que logré pasar al otro lado, me caí y quedé sentada en el piso. Me dieron muchas ganas de llorar porque venían todos mis recuerdos de cuando era más pequeña, de la agilidad que tenía. No podía creer que me fuera tan difícil abrir una puerta y mucho menos levantarme del piso. Le decía al Señor en mi mente: *“¿Cuándo me vas a levantar por completo? Ayúdame, por favor, como lo has hecho hasta ahora. Sé que me vas a restaurar.”*

La licenciada salió y me dijo:

–Mi’ja, íbamos a caminar afuera; pero ya que te caíste, la terapia es tratar de levantarte.

Luchaba y lo intentaba una y otra vez, y quedaba en el mismo lugar de inicio. Miraba por uno de los cristales hacia fuera y varias personas estaban paradas observando cómo lo intentaba. Desde el piso, con una gran sonrisa, decía dentro de mí: “Algún día lo voy a lograr. ¡Mi Dios me va a levantar! Le creo a Él; hasta aquí me ha traído. Esto es sólo parte de lo que tengo que aprender.”

Cuando la licenciada veía que ya no podía más, me ayudaba. Todas estas cosas eran lecciones para mí; cada detalle estaba formando la persona que soy hoy. En aquel momento podía haberme rendido, pero le creía a Dios que todo cambiaría.

Cada día me levantaba con la mejor actitud posible, sonriente, y con ánimo de seguir adelante. Le decía a mi madre: “A este soldado va ser difícil que lo tumben. No me daré por vencida, seguiré adelante. Así como estoy, le doy gracias a Dios porque me tiene con vida y levantada.”

Querido lector:

¿Cómo reaccionas ante situaciones dolorosas? La solución no es encerrarse, más bien alza la vista y confía en que con la ayuda de Dios serás vencedor. En medio de tu problema confía en que Dios te hará “más que vencedor”. Comienza a poner en práctica tu fe, no te dejes caer. En este instante detente, medita en tu vida, y di: “No hay barreras, nada me impide seguir adelante, Dios es mi mejor amigo, Él esta conmigo.”

Tienes a Dios de tu lado, no hay nada que temer. Atrévete a mirar más allá de las circunstancias y no dejes morir tus sueños. Él te quiere ayudar, pero tienes que dejar que trabaje en tu vida; dale la oportunidad.

Empieza a sonreírle a este mundo. Activa esa gran persona que tienes dentro de ti, llena de cualidades y cosas especiales. Tienes mucho que brindar. No dejes que tus problemas sean obstáculos para seguir adelante. Míralos como oportunidades para crecer. Cuando pase esa prueba, dirás: “Señor, sólo tú pudiste darme la fuerza para salir adelante.”

“Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios” (Lc 18:27).